Karl Marx

ESCORPIÓN Y FÉLIX

Escorpión y Félix
Novela humorística

Karl Marx

Traducido por Carlos Manzano
Tusquets Editor, Barcelona, 1971

Serie los heterodoxos dirigida
por Sergio Pitol, volumen 5

Título original:
Scorpion und Felix, 1837

[Digitalización: *letra e* (http://letrae.iespana.es/). Esta edición: *Socialismo Actual* (http://socialismoactual.blogspot.com/).]

Nota aclaratoria

A los dieciocho años Marx escribió poemas románticos y amorosos, al principio y al final del primer semestre de su estancia en Berlín (1836-37). Entretanto, estudiaba derecho y sentía gran interés por la filosofía, la literatura y el arte. Fue aquél un período vacilante de compromisos contradictorios, de dispersión intelectual, de confrontación entre sus propios deseos y los de sus padres. Antes de que estas dudas encontraran su cauce en las múltiples posibilidades culturales del Berlín de entonces, el joven Marx pasó por fases críticas: una relación amorosa inquieta, un colapso nervioso, y el conocidísimo informe del 10 de noviembre de 1837 dirigido a su padre poco antes de su muerte. En él, Marx habla ya de sus recientes y últimos intentos literarios: "Al final del semestre salí otra vez en busca de danzas de Musas y música satírica, y en el último cuaderno que os he enviado el idealismo se abre camino a través de un humorismo forzado (*Escorpión y Félix*) y de un drama fantástico (*Oulanem*) hasta que por fin cambia y se convierte como máximo en puro arte de la forma, sin objetivos entusiasmantes, sin una línea ideal excitante."

Agradecemos la inestimable colaboración de Gianni Toti, vicedirector de la revista italiana "Carte Segrete", por cuya mediación pudimos conocer esta novela humorística que él mismo desenterró y publicó por primera vez en su revista.

Libro primero

Capítulo 10

Como prometimos en el capítulo anterior, en este capítulo sigue la demostración de que dicha suma de 25 tálers pertenece personalmente a Dios.

¡Estos tálers no tienen dueño! De sublime pensamiento, no los posee ningún poder humano, pero sí el poder divino, que aletea por encima de las nubes y abarca todo el universo y, por tanto, también los citados 25 tálers; con sus alas —entretejidas con el día y la noche, con soles y estrellas, con montañas gigantescas e ingentes extensiones de arena— que resuenan como órganos, como el borbollar de una cascada, toca allí donde la mano del ser terrestre no alcanza y, por tanto, también dichos 25 tálers, y... pero, no puedo continuar, lo más profundo de mi interior está agitado, miro el universo y dentro de mí y también los citados 25 tálers, cuya materia de reflexión está en estas tres palabras: su posición es el infinito, suenan como acordes angélicos, recuerdan el juicio universal y el fisco, ya que... era a Greta, la cocinera, a quien Escorpión, excitado por los relatos de su amigo Félix, arrastrado por su

brillante melodía, vencido por su fresco sentimiento juvenil, estrechó contra su corazón, intuyendo en ella a un hada. De ello deduzco que las hadas tienen barba, ya que Magdalena Greta, no la Magdalena arrepentida, ostentaba, como un guerrero famoso, barba y bigotes, y la suave barba se acercaba, ensortijándose, a la bien formada barbilla que, en forma de roca emergente en un mar solitario que los hombres avistan sólo desde lejos, sobresalía de la chata sopera del rostro, gigantesco y orgullosamente consciente de su imponencia, hendiendo el aire, conmoviendo a los dioses e impresionando a los hombres.

La diosa de la fantasía parecía haber soñado una belleza barbuda y haberse perdido por los meandros de su amplio rostro y, cuando se despertó, era la propia Greta la que había soñado, un sueño terrible: que era la gran cortesana de Babilonia, el apocalipsis de Juan y la ira de Dios, que había hecho brotar un campo de rastrojos punzantes sobre la piel surcada por tiernas líneas onduladas para que su belleza no indujese al pecado y su juventud quedase protegida como la rosa por las espinas, a fin de que el mundo comprenda y de ella no se prenda.

Capítulo 12

“Un caballo, un caballo, mi reino por un caballo”, dijo Ricardo III.
“Un hombre, un hombre, yo misma por un hombre”, dijo Greta.

Capítulo 16

“En el comienzo era el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios y Dios es el Verbo, y el Verbo se hizo carne y vivió junto a nosotros y nosotros vemos su gloria”.

¡Hermoso e inocente pensamiento! Pero la asociación de ideas llevó a Greta muy lejos; creía que el verbo habitaba en los muslos; así como Tersite, en Shakespeare, declara que Ayax tiene las vísceras en la cabeza y la razón en el vientre, así ella, Greta, no Ayax, está convencida de ello y lo asimila; como el Verbo hecho carne, ella veía en los muslos su expresión simbólica, veía su gloria y decidió... lavárselos.

Capítulo 19

Pero tenía grandes ojos azules y los ojos azules son banales como el agua de la Esprea.

Una estúpida nostalgia, inocente, emana de ellos, una inocencia

que ella misma comparte, una inocencia acuosa; cuando se les acerca, el fuego se transforma en vapor gris, y no hay nada más detrás de estos ojos; todo su mundo es azul, su alma tiñe todo de azul; pero los ojos negros son un reino ideal, un mundo nocturno, infinito y lleno de espiritualidad os reposa, de ellos brotan relámpagos del alma y sus miradas suenan, como las canciones de Mignon, como un país ardiente, lejano y dulce, donde habita un dios rico, que vive en su propia profundidad y, hundido en el universo de su existencia, emana eternidad y sufre la eternidad. Nos sentimos como poseídos por un encantamiento, quisiéramos apretar contra nuestro seno al ser melodioso, profundo y lleno de alma y chupar el espíritu de sus ojos, y transformar sus miradas en canciones.

Amamos el mundo agitado y rico que se nos abre, en su fondo vemos gigantescos pensamientos solares, intuimos un sufrimiento demoníaco y figuras que se mueven delicadamente marcan la danza ante nosotros, nos hacen señas y, apenas reconocidas, se alejan tímidas como la gracia.

Capítulo 21

Meditaciones filológicas

Félix se apartó de forma nada suave de los abrazos de su amigo, porque no intuía su naturaleza profunda y llena de sentimiento y en aquel momento estaba preso de la continuación... de la digestión, que nosotros ahora dominamos de una vez por todas, obligándole a poner fin a su grandioso actuar, pues nos estorba en nuestras acciones.

También Merten pensaba lo mismo, pues con su ancha mano histórica dio una sonora bofetada, que Félix notó llegar hasta él.

El nombre de *Merten* recuerda a Carlos Martel, y Félix creyó realmente que había sido acariciado por un martillo, ya que a una agradable sensación como aquélla iba unida la sacudida eléctrica que sintió.

Abrió los ojos hasta desencajarlos, se tambaleó y pensó en sus pecados y en el juicio universal.

Yo, por el contrario, reflexionaba sobre la materia eléctrica, sobre el galvanismo, sobre las doctas cartas de Franklin a su amiga “geométrica” y sobre *Merten*, ya que mi curiosidad está dirigida por entero a descubrir qué puede esconderse tras ese nombre.

Que el hombre desciende por línea directa de *Martel* no se puede dudar en absoluto: me lo ha asegurado el sacristán, aunque aquel período de tiempo carezca completamente de armonía.

La *l* se transforma en *n* y, ya que Martel es un inglés, como todo conocedor de la historia sabe, y en inglés muchas veces la a suena

como en alemán *eh*, que en Merten coincide con *e*, probablemente Merten será otra forma de Martel.

De ello se puede deducir, dado que entre los antiguos teutones el nombre, así se deduce de muchos sobrenombres —como, por ejemplo, Krug, el Caballero; Raupach, el Consejero de Corte; Hegel, el Enano— expresa el carácter de su propietario, se podría decir que Merten es un hombre rico y honesto, aunque su oficio sea el de sastre, y en esta historia es el padre de Escorpión.

Cuanto apenas hemos dicho da fundamento a una nueva hipótesis, ya que, en parte por ser sastre, en parte porque su hijo se llama Escorpión, es bastante probable que descienda de *Mars*, el dios de la guerra, genitivo *Mariis*, acusativo en la forma griega *Martin*, *Mertin*, *Merten*, pues el oficio del dios de la guerra es el de cortar, dado que corta brazos y piernas y hace trozos la felicidad del mundo.

Además, el escorpión es un animal venenoso, que mata con la mirada, cuyas heridas son mortales y cuyos ojos relampaguean con miradas mortales, una hermosa alegoría para la guerra, cuya mirada mata, cuyas consecuencias dejan en los heridos cicatrices que sangran internamente y que nunca se cerrarán.

Pero, puesto que Merten no poseía una naturaleza pagana, era incluso un cristiano practicante, parece más probable que descienda de *San Martín*; un pequeño trueque de vocales daría *Mirtan*, muchas veces la *i* en la lengua del vulgo suena como *e*, de forma que con el paso del tiempo dicha *a* se transforma en *e*, especialmente en una cultura en desarrollo, de modo que el nombre de Merten aparece naturalmente espontáneo y significa “un sastre cristiano”.

Aunque esta derivación muy probablemente sea la correcta, pues está abundantemente probada, no podemos por menos de pensar también en otra, que debilita mucho nuestra fe en San Martín, al que como máximo podemos elegir como protector, pues, dado que por lo que sabemos nunca estuvo casado, no podía tampoco tener un descendiente varón.

Esta duda queda eliminada por el siguiente hecho: toda la familia Merten tenía en común con el “Vicario de Wakefield” la propiedad de casarse lo más pronto posible, o sea, de generación en generación a muy tierna edad se adornaba con una corona de *mirto*, y sólo por este hecho se explica, a no ser que se atribuya a un milagro, que Merten naciese y que en esta historia aparezca como padre de Escorpión.

“Myrthen” debería perder la *h*, ya que, al celebrarse las bodas, se resalta la “*eh*”, es decir, desaparece la “*he*”, por lo que “Myrthen” se transformó en “Myrten”.

La “y” es una “v” griega y no una letra alemana. Puesto que, como decíamos antes, la familia de Merten era una estirpe íntegramente alemana y al mismo tiempo una familia de sastres muy cristiana, la “y” extranjera, pagana, tenía que transformarse en una “i” alemana, y ya que el matrimonio es el elemento predominante de la misma familia,

pese a que la “i” es una vocal estridente y dura y a que los matrimonios Merten fueron dulces y suaves, se transformó en una “eh”, y más tarde, para que la audaz innovación no saltase demasiado a la vista, en una “e”, en cuya brevedad va representada al mismo tiempo la decisión de contraer matrimonio, de forma que “Myrthen” en la palabra alemana “Merten”, de múltiples significados, alcanza la forma más alta de perfección.*

Después de esta deducción hemos relacionado al sastre cristiano, el valor a toda prueba de Martel y la rápida decisión del dios de la guerra Marte con la abundancia de matrimonios, lo que además queda demostrado por las dos “e” de Merten, así que en esta hipótesis se reúnen, y al mismo tiempo quedan destruidas, todas las precedentes.

De otra opinión es el escoliasta que glosó con gran diligencia y cuidado incansable al antiguo historiador, cuyos datos recoge nuestra historia.

Aunque no podamos estar de acuerdo con su opinión, no obstante ésta merece un juicio crítico, pues nació del espíritu de un hombre que a una enorme sabiduría unía una gran habilidad para fumar, y cuyos pergaminos estaban envueltos con el sagrado fuego del tabaco, y estaban, por tanto, llenos de oráculos en una exaltación pítica de incienso.

Cree que *Merten* deriva del alemán “Mehren”, que, a su vez, derivaría de “Meer”, porque los matrimonios de los Merten han “aumentado” como la arena a proximidad del “mar”, y porque, en definitiva, en el concepto de sastre, va oculto el concepto de “aumentador”, ya que de una mona hace un hombre. Basó sus hipótesis en estas investigaciones, cuidadas y profundas.**

Cuando leí los resultados de estas investigaciones sentí tal estupor, que me dio vértigo, el oráculo del tabaco me fascinó, pero pronto se despertó en mí la fría y discernidora razón y aportó los siguientes argumentos en contra.

En el concepto de “aumentador”, que incluso podría aceptar al citado escoliasta por lo que se refiere al concepto de sastre, no debe de ninguna manera incluirse el concepto de “disminuidor”, porque ello implicaría una *contradictio in terminis*, es decir, para las señoras, Dios en el Diablo, el espíritu en un salón, ellas mismas como filósofas. Pero, si “Mehren” se hubiese convertido en “Merten”, evidentemente la palabra habría perdido una “h”, por tanto no habría aumentado, lo que ya hemos demostrado que era algo que contrastaba substancialmente con su naturaleza formal. Así, pues, “Merten” de ninguna manera puede derivar de “Mehren”; y que pueda venir del mar queda contradicho por el hecho de que la familia Merten nunca cayó en el agua, y ni siquiera vaciló

---

* *Nota del traductor: Este párrafo, como el anterior, está basado en un juego de palabras, porque “Eh” en alemán significa “matrimonio”.

** **Nota del traductor: “Mehren” en alemán significa “aumentador”; “Meer” significa “mar”.

nunca, antes bien fue una piadosa familia de sastres, lo que contrasta con el concepto de un mar tempestuoso; de dichas razones se desprende que el citado autor, a pesar de su infalibilidad, se ha equivocado y nuestra deducción es la única correcta.

Después de esta victoria estoy demasiado cansado para continuar y quisiera disfrutar la alegría de estar satisfecho de mí, alegría que por un solo momento —como afirmó Winkelmann— vale más que todos los elogios de la posteridad, aunque estos últimos me convenzan tanto como a Plinio el Joven.

Capítulo 22

“Quocumque adspicias, nihil est nisi pontus et aer,
Fluctibus hic tumidis, nubibus ille minax.
Inter utrumque fremunt immani turbine venti:
Nescit, qui domino pareat, unda maris.
Rector in incerto est: nec quid fugiatve petatve
Invenit: ambiguis ars stupet ipsa malis”.

“Donde quiera que mires, sólo ves a Escorpión y Merten,
aquél cubierto de lágrimas, éste ofuscado por la ira.
Entre los dos resuena un eterno y ruidoso río de palabras.
Ignora qué señor sigue el mar ondulado.
Yo, rector, charlo y lo que dejo, lo que escribo
no vuelvo a encontrarlo; frente al escándalo el arte se refugia en los ángulos”.

Así cuenta Ovidio en sus *Tristia* la triste historia, que como la que sigue sucede a la anterior.

Se ve que no sabía ya qué pez coger, pero yo cuento como sigue: ...

Capítulo 23

Ovidio vivía en Tomi, adonde se había visto arrojado por la ira del dios Augusto, porque poseía más genio que sentido común.

Allí, entre los bárbaros salvajes, languidecía el tierno poeta del amor y el mismo amor lo había arrojado allí. Su cabeza meditabunda se apoyaba en su diestra y miradas nostálgicas vagaban hacia el lejano Lacio. El corazón del poeta estaba destrozado y, sin embargo tenía que esperar, y su lira no debía enmudecer y su nostalgia y su dolor ardían en cantos melodiosos, dulcemente expresivos.

En torno a los miembros del frágil viejo soplaba el viento del norte,

estremeciéndole con escalofríos desconocidos, pues su juventud había florecido en el cálido país del sur, su fantasía había adornado, allí abajo, sus juegos cálidos y exuberantes con trajes preciosos, y allí donde esos hijos del genio eran demasiado libres la gracia los vistió con un nimbo de velos divinos que los ocultaba levemente, de forma que los pliegues ondeaban ampliamente y hacían llover gotas de rocío.

“Pronto serás cenizas, pobre poeta;” y una lágrima resbalaba por la mejilla del anciano, cuando... se oyó la potente voz de bajo de Merten quien, profundamente conmovido, se alzaba contra Escorpión.

Capítulo 27

“Ignorancia, profunda ignorancia.”

“Porque (se refiere a un capítulo anterior) ¡su rodilla se doblaba demasiado por un lado!”, pero faltaba la certeza, y ¿quién puede asegurar, quién puede descubrir qué parte es la derecha y cuál la izquierda?

Dime tú, mortal, de dónde viene el viento o bien si Dios tiene nariz, y te diré qué es derecha y qué izquierda.

No otra cosa que conceptos relativos; es como mezclar locura y demencia con cordura. ¡Oh! Todas nuestras aspiraciones serán vanas y nuestra nostalgia una ilusión hasta que no hayamos acertado a saber qué es derecha y qué izquierda, ya que a la izquierda colocará a los cabrones y a la derecha a los corderos.

Si se vuelve, si toma otra dirección porque por la noche ha tenido un sueño, entonces los réprobos estarán a la derecha y los santos a la izquierda, de acuerdo con nuestras miserables visiones.

Por eso precísame qué es derecha y qué izquierda y se deshará completamente el nudo de la creación, *Acheronte movebo*, de ello yo deduciré con precisión dónde irá a parar tu alma, y después deduciré también en qué escalón te encuentras ahora ya que aquella relación originaria aparecería mensurable; mientras tu colocación fuera determinada por el Señor, tu posición aquí abajo puede ser determinada por el volumen de tu cabeza; siento vértigo, si aparece un Mefistófeles seré Fausto, pues está claro que todos nosotros somos un Fausto, ya que no sabemos qué parte es la derecha y cuál la izquierda, por eso nuestra vida es un circo; corremos en círculo, buscamos por todas partes hasta que caemos sobre la arena y el gladiador, la vida precisamente, nos mata; debemos tener un nuevo salvador, pues —pensamiento tormentoso, me robas el sueño, me robas la salud, me matas— no podemos distinguir la parte izquierda y la parte derecha, no sabemos dónde se encuentran.

Capítulo 28

“¡Evidentemente en la luna están las piedras lunares, en el pecho de las mujeres la falsedad, en el mar la arena y en la tierra las montañas!”, respondió el hombre que llamó a mi puerta sin esperar a que dijese “adelante”.

Rápidamente puse aparte mis papeles, le dije que estaba muy contento de no haberlo conocido antes, pues así tenía el placer de poder conocerlo, que mostraba gran sabiduría, que todas mis dudas desaparecían con él, pero aunque yo hablaba velozmente, él lo hacía todavía más rápido que yo, sonidos sibilantes salían de entre sus dientes, todo aquel hombre, como noté con escalofrío después de haberlo observado más de cerca, parecía una salamandra enflaquecida, no otra cosa que una salamandra salida de repente de la grieta de un muro.

Era de complexión nervuda y su estatura recordaba la de mi estufa. Sus ojos se podía decir que eran más verdes que rojos y más alfileres que relámpagos y él mismo más un gnomo que un hombre.

¡Un genio! Esto lo reconocí inmediatamente y con seguridad, pues su nariz había salido de su cabeza como Palas Atenea de la cabeza del padre de todos, Zeus; gracias a lo cual me explicaba también su tenue ardor escarlata, que indicaba una descendencia etérea, mientras que la cabeza misma podría decirse que era calva, a menos que se prefiera llamar sombrero una espesa costra de pomada que junto con otros productos —aéreos y primordiales— crecía desordenadamente sobre aquella montaña primitiva.

Todo en él hacía pensar en altura y profundidad, pero la conformación de su rostro parecía revelar a un burócrata, pues sus mejillas eran como soperas profundas y bruñidas, y de tal manera protegidas de la lluvia por huesos enormemente salientes, que dentro de ellas se podía meter papeles y decretos gubernativos.

En resumen, de todo ello se puede ver que habría sido el dios del amor en persona si no hubiese sido semejante a sí mismo y que su nombre habría sonado hermoso como el amor si no hubiese recordado demasiado a un arbusto de enebro.

Le rogué que se tranquilizase, pues afirmaba ser un héroe, a lo que yo, modestamente, objeté que los héroes eran un poco más robustos, mientras que los heraldos* tenían una voz más sencilla, menos compleja y más armoniosa y, para acabar, que Eros era una belleza transfigurada, una naturaleza realmente bella en la que forma y alma luchan por atribuirse la perfección; por tanto, no caería bien a su amor.

Pero él objetó que tenía una osatura robusta, que tenía buena

---

* *Nota del traductor: juego de palabras entre “héroe” y “heraldo”, en alemán, respectivamente, “Heros” y “Herold”; además, Eros —el héroe mitológico— en alemán es “Hero”.

sombra[**] e incluso mejor que muchos otros hombres, vissssto que proyectaba más sombra que luz, que, por tanto, ssssu esssposa podía refrescarse en ssssu sombra, florecer y convertirse a ssssu vez en una sombra, que yo era un hombre rudo y al mismo tiempo un genio de dos centavos y un essstúpido, que él sssse llamaba Engelbert y que ese nombre ssssonaba mejor que Essscorpión, que yo me había equivocado en el capítulo 19, pues sus ojos azules son más bellos que los ojos negros, que los ojos de paloma ssson los más ricos en essspiritualidad, y él missssmo, aunque no fuese un palomo, era por lo menos un ssssordo[***] con respecto a la razón, además dijo que le gustaba el mayorazgo y que poseía una lavadora.

"Usted debe estar unido a mí en matrimonio y colocado a mi derecha, y tú abandona ya tus investigaciones sobre la derecha y la izquierda, usted no vive ni a la derecha ni a la izquierda, sino enfrente."

La puerta se cerró tras él, una aparición celeste brotó de mi alma, la conversación de tono excelso se había acabado, pero como la voz de un espíritu, por el agujero de la cerradura, se oyó murmurar: "¡Klingholz! ¡Klingholz!".

Capítulo 29

Estaba yo sentado meditabundo, dejé a un lado a Locke, Fichte y Kant, me di a las investigaciones profundas para descubrir qué relación puede haber entre una lavadora y el mayorazgo, cuando un relámpago me atravesó e, idea tras idea, con sus truenos transfiguró mi mirada, y una imagen de luz apareció ante mis ojos.

El mayorazgo es la lavadora de la aristocracia, ya que una lavadora sólo sirve para lavar. Pero la colada se vuelve más blanca, por eso adquiere la pálida luminosidad de lo que está lavado. De la misma forma, el mayorazgo platea al hijo primogénito de la casa, le confiere un pálido color argénteo, mientras que a los otros les impone el pálido color romántico de la miseria.

Quien se lava en los ríos se lanza contra el elemento sonoro, se bate contra su ira y lucha con fuertes brazos; pero quien está sentado en la lavadora se queda encerrado dentro de ella y mira los ángulos de la estancia.

El hombre común, es decir, el que no disfruta de la bienaventuranza del mayorazgo, lucha con la vida vertiginosa, se arroja al mar que se hincha y con el mismo derecho que Prometeo roba perlas en sus profundidades; maravillosamente se le presenta ante los ojos la

---

** [**]Nota del traductor: juego de palabras entre los dos sentidos ("suerte" y "falta de luz") de la palabra "sombra".

*** [***]Nota del traductor: Otro juego de palabras entre paloma = "Taube" y sordo = "Tauber".

configuración interna de la idea y crea más audazmente; mientras que el señor primogénito solamente deja caer gotas sobre sí, teme dislocarse los miembros y por eso se sienta dentro de una lavadora.

¡La encontré, encontré la piedra filosofal!

Capítulo 30

Como resulta de dos estudios hechos recientemente, en nuestros días no se puede poetizar para crear una epopeya.

Efectivamente, en primer lugar, hacemos profundas consideraciones sobre la parte derecha y sobre la parte izquierda, por lo que despojamos estas expresiones poéticas de su manto poético (como Apolo quitó la piel a Marsia) y las transformamos en la figura de la duda, en el deforme paviano, que tiene ojos para no ver y es un Argos al revés; éste tenía cien ojos para descubrir cosas perdidas; aquél, el oscuro Titán, la duda, posee cien ojos para convertir las cosas vistas en cosas no vistas.

Pero la parte, el lugar, es un criterio esencial de la poesía épica y cuando ya no hay partes, como está demostrado que sucede entre nosotros, ésta solamente podrá despertar de su sueño de muerte cuando el sonido de las trompetas despierte a Jericó.

Además, hemos encontrado la piedra filosofal, desgraciadamente todos señalan la piedra con el dedo y ellos...

Capítulo 31

Ellos, Escorpión y Merten, yacían sobre el suelo, porque la aparición sobrenatural (se refiere a un capítulo anterior) había agitado de tal manera sus nervios que la fuerza de cohesión de sus miembros, en el caos de la expansión —que, como el embrión, todavía no se ha separado de su condición universal para adquirir una forma precisa— quedó desintegrada, de forma que su nariz se hundió hasta el ombligo y su cabeza llegó hasta el suelo.

Merten perdía una sangre espesa, en la que iba contenido mucho carbono, cuánto no sabría decir con precisión, porque en conjunto la química todavía no está muy desarrollada. Especialmente la química orgánica cada día se vuelve más compleja gracias a las simplificaciones, visto que diariamente se descubren nuevas substancias elementales, que tienen en común con los obispos el hecho de que ambos llevan nombres de países que pertenecen a los no creyentes, y que se encuentran *in partibus infidelium*, nombres que además son tan largos como el título de los miembros de muchas sociedades científicas y de los

príncipes del imperio alemán, nombres que representan a los nombres librepensadores pues no encajan en ninguna lengua.

Además, ¡la química orgánica es una herética porque pretende explicar la vida por medio de un proceso inanimado! Pecado éste contra la vida tan grande como pretender hacer que el amor derive del álgebra.

Todo ello, evidentemente, se apoya en la doctrina del proceso que todavía no está suficientemente elaborada y nunca podrá estarlo, pues está basada en el juego de la baraja, un juego confiado al puro azar en el cual el as es el personaje principal.

Pero el as ha sido la base de toda la moderna jurisprudencia, pues una noche Irnerio perdió al juego, venía precisamente de una reunión de señoras, e iba elegantemente vestido, llevaba un frac azul, zapatos nuevos con hebillas grandes y un chaleco de seda color carmín, cuando se sentó y se puso a escribir una disertación sobre el as, lo que inmediatamente le condujo a enseñar derecho romano.

El derecho romano, sin embargo, abarca todo, incluso la doctrina del proceso y también la química... pues como lo demostró Pacius es el microcosmos que se ha separado del macrocosmos.

Los cuatro libros de las Instituciones son los cuatro elementos, los siete libros de los Pandectas los siete planetas, y los doce libros del Código los doce signos del Zodíaco.

Pero ningún espíritu había penetrado en el todo; fue en cambio Greta, la cocinera, la que llamó para la cena.

Escorpión y Merten, presos de gran excitación, habían permanecido con los ojos cerrados y por eso confundieron a Greta con un hada. Cuando se repusieron de su espanto español —que remonta a la última derrota y a la victoria de Don Carlos— Merten se arrojó contra Escorpión y se alzó como una encina porque —Aquí, dirá Moisés— el hombre debe mirar a las estrellas y no a la tierra, en tanto que Escorpión asió la mano de su padre y dio a su cuerpo una posición peligrosa poniéndolo derecho sobre los pies.

Capítulo 35

“¡Santo Cielo!” “El sastre Merten es una buena ayuda, pero ¡se hace pagar tan caro!”.

“*Vere! beatus Martinus bonus est in auxilio, sed carus in negotio!*”, exclamó Clovis después de la batalla de Poitiers, cuando, en Tours, los religiosos le explicaron que Merten había cortado sus pantalones de equitación, con los cuales había cabalgado el valiente rocín, que le valió la victoria, y cuando le pidieron 200 florines de oro por este servicio de Merten.

Pero todo aquello sucedió así...

Capítulo 36

Estaban sentados a la mesa, Merten a la cabeza, a su derecha Escorpión, a su izquierda Félix, más allá el primer oficial, de tal forma que quedaba un hueco entre el príncipe y la plebe; los miembros del cuerpo estatal de Merten, de orden inferior, comúnmente llamados oficiales.

El vacío, que no debía ser ocupado por ningún ser humano, no estaba reservado para el espíritu de Banco, sino para el perro de Merten que todos los días tenía que pronunciar la oración antes de las comidas, pues *Merten*, que había realizado estudios de humanidades, afirmaba que su Bonifacio, así se llamaba el perro, era el propio San Bonifacio, el apóstol de los alemanes, refiriéndose a un fragmento en el que afirma ser un perro ladrando. Por eso sentía una adoración supersticiosa por este perro, cuyo asiento era mucho más elegante que los demás; un blando cobertor de color rojo carmín del más fino cachemir, acolchado como un rico sofá, elevado por muelles artísticamente engarzados, tal era el sillón de su Bonifacio, borlas de seda colgaban de él y apenas acabada la sesión era conducido a un ángulo solitario de una alcoba un poco aislada, que parece ser la misma descrita por Boileau en su *patrie* como templo de reposo del prevoste.

Bonifacio no estaba en su asiento, que formaba un vacío y las mejillas de Merten perdieron su color, “¿Dónde está Bonifacio?”, gritó con el corazón profundamente angustiado, y toda la mesa empezó a agitarse. “¿Dónde está Bonifacio?”, volvió a preguntar Merten; cómo se sobresaltó espantado, cómo temblaba cada miembro de su cuerpo, cómo se le erizaron los cabellos, cuando oyó que Bonifacio estaba ausente.

Todos se levantaron de golpe para rodearlo, él mismo parecía privado de su habitual tranquilidad de ánimo, llamó, apareció Greta, su corazón presagiaba algún mal, creía...

“Oye, Greta, ¿dónde está Bonifacio?”, y ella se retiró visiblemente tranquila, los brazos de Merten chocaron contra la lámpara, con lo que la oscuridad recubrió a todos y sobrevino una noche llena de desgracias y precursora de temporales.

Capítulo 37

David Hume afirmaba que este capítulo es el *locus comunis* del anterior y lo afirmaba todavía antes de que yo lo hubiese escrito. Su demostración era la siguiente: si este capítulo existe, el anterior no existe, pero éste ha expulsado al anterior, del que ha nacido, aunque no como causa y efecto, cosa de la que dudaba. Todo gigante, y por tanto

todo capítulo de veinte líneas, deja tras sí un enano, todo genio un estúpido filisteo, toda agitación del mar sucio lodo, y apenas desaparecen los primeros comparecen los segundos, ocupan un lugar en la mesa y con decisión extienden sus largas piernas.

Los primeros son demasiado grandes para este mundo, por eso se ven expulsados de él. Por el contrario, los otros echan raíces en él y en él se quedan —como lo demuestran los hechos— ya que el champán deja un gusto duradero y repugnante, el héroe César deja al actor Octaviano, el emperador Napoleón al rey burgués Luis Felipe, el filósofo Kant al caballero Krug, el poeta Schiller al consejero de corte Raupach, el excelso Leibnitz al maestrillo Wolf, el perro Bonifacio este capítulo.

Así las bases se derrumban como residuos mientras el espíritu se evapora.

Capítulo 38

El último párrafo sobre las bases era un concepto abstracto, por tanto no una mujer, ya que un concepto abstracto y una mujer: ¡cuan diferentes son!, exclamó Adelung. Pero yo afirmo lo contrario y lo demostraré exhaustivamente, pero no en este capítulo, sino en un libro que no constará de capítulos, y que tengo intención de escribir apenas me haya convencido de la existencia de la Santísima Trinidad.

Capítulo 39

A quien desee adquirir una idea intuitiva y no abstracta de la misma —no me refiero a la Elena griega ni tampoco a la Lucrecia romana, sino a la Santísima Trinidad— *no* puedo aconsejarle nada mejor que no soñar *nada*, hasta que no se haya dormido, sino velar en el Señor y examinar este párrafo, pues los conceptos claros son inherentes a él. Alcémonos hasta su altura (alejada unos peldaños del punto en que nos encontramos), altura que flota en lo alto como una nube, y se nos presentará el gigantesco “*no*”. ; acerquémonos a su mitad y nos espantaremos con el gigantesco “*nada*”, y si descendemos en su profundidad, ambos se conciliarán armoniosamente de nuevo en el “*no*” que se detiene ante nosotros como una escritura resplandeciente erecta y audaz.

“No” — “Nada” — “No”

éste es el concepto intuitivo de la Trinidad pero el abstracto quién podría describirlo, pues: “¿Quién sube al cielo y vuelve a bajar?”, “¿Quién sujeta el viento en sus manos?”, “¿Quién recoge el agua en su ropa?”, “¿Quién ha hecho surgir todas las tierras del mundo?”, “¿Cómo se llama

y cuál es el nombre de su hijo? ¿Sabes tú esto?”, dice Salomón el Sabio.

Capítulo 40

“¡No sé dónde está, pero lo que es cierto es que un cráneo es un cráneo!”, exclamó Merten. Se agachaba temeroso para descubrir en la oscuridad de quién era la cabeza que tocaba su mano, cuando se retiró avergonzado, pues los ojos...

Capítulo 41

¡Sí! ¡Los ojos!

Son una calamidad y atraen el hierro, razón por la cual nos sentimos atraídos por las señoras y no por el cielo, pues las señoras nos miran a través de dos ojos, mientras que el cielo nos mira solamente a través de un solo ojo.

Capítulo 42

“¡Yo le demuestro lo contrario!”, me dijo una voz invisible, y cuando me volví hacia la voz, vi —no lo creeréis, pero os lo aseguro, os juro que es así— vi —pero no os inquietéis, no os espantéis, pues no se refiere ni a vuestra mujer, ni a vuestra digestión— entonces me vi a mí mismo, porque yo mismo me había ofrecido para la confutación.

“¡Ah! ¡yo soy otro yo!”, me pasó por la mente de imprevisto, y los elixires del diablo de Hoffmann...

Capítulo 43

...se encontraban delante de mí sobre la mesa precisamente cuando reflexionaba sobre por qué el judío errante es un berlinés de nacimiento y no un español; pero veo que ello coincide con la confutación que debería aportar, por la que nosotros, por amor de la precisión... no queremos hacer nada de todo esto, sino contentarnos con la observación de que el cielo se encuentra en los ojos de las señoras, de que los ojos de las señoras no se encuentran en el cielo; de lo que se deduce que no nos atraen tanto los ojos cuanto, más bien, el cielo, pues no vemos los ojos sino solamente el cielo que hay en ellos. Si nos

atrajesen los ojos y no el cielo, nos sentiríamos atraídos por el cielo y no por las señoras, pues el cielo no tiene un ojo, como habíamos afirmado más arriba, no tiene ni siquiera uno, más bien él mismo no es otra cosa que una infinita mirada de amor de la divinidad, el ojo dulce y melodioso del espíritu de la luz, y un ojo no puede tener un ojo.

Por tanto el resultado final de nuestra investigación es que nos sentimos atraídos por las señoras y no por el cielo, porque en éste no vemos los ojos de las señoras, mientras que en aquéllos sí que vemos el cielo; que, por consiguiente, nos sentimos, por así decirlo, atraídos por los ojos porque no son ojos, y porque Aasvero, el eterno, es un berlinés nato, pues es viejo y achacoso y ha visto muchos países y muchos ojos pero todavía no se siente atraído por el cielo, más bien por las señoras, y sólo existen dos calamidades, un cielo sin ojos y un ojo sin cielo.

Una de ellas se encuentra por encima de nosotros y nos atrae hacia lo alto, la otra está por debajo de nosotros y nos atrae hacia las profundidades. Pero Aasvero se ve fuertemente atraído hacia abajo, si no, no erraría eternamente por la tierra, y ¿erraría eternamente por la tierra, si no fuese un berlinés nato y no estuviese acostumbrado a las extensiones de arena?

Capítulo 44

Segundo fragmento encontrado en la carpeta de Halte

Llegamos a una casa de campo, era una noche bella y serena. Tú caminabas cogida de mi brazo y querías soltarte, pero yo no te dejé, mi mano te retuvo como tú habías retenido mi corazón, y tú lo permitiste.

Murmuré palabras llenas de nostalgia y dije las cosas más sublimes y más bellas que un mortal pueda decir, pues no dije nada; estaba hundido en mí mismo; vi elevarse un reino, cuya atmósfera era muy ligera y al mismo tiempo muy pesada, y en ella había una imagen divina, la belleza misma, como una vez la había entrevisto en profundos sueños fantásticos, sin reconocerla; brillaba con los relámpagos del espíritu y sonreía, y tú eras su imagen.

Yo me maravillaba de mí mismo porque, gracias a mi amor, había llegado a ser grande, gigantesco; veía un mar ilimitado, pero en él ya no se agitaban las olas, había adquirido profundidad y eternidad, su superficie era cristal y en su oscuro abismo temblaban estrellas doradas, que cantaban canciones de amor y desprendían un intenso calor, y ¡el propio mar estaba caliente!

¡Si aquel camino hubiese sido la vida!

Besé su dulce y suave mano, hablé de amor y de ti. Una ligera niebla flotaba sobre nuestra cabeza, su corazón se quebró, soltó una gran lágrima, que cayó entre nosotros, pero la oímos y callamos...

Capítulo 47

“¡O es Bonifacio o un par de pantalones!”, gritó Merten. “¡Luz, digo! ¡Luz!” y la luz se hizo. “¡Santo cielo! no es un par de pantalones, sino Bonifacio echado en un ángulo oscuro y sus ojos brillan con un fuego profundo, pero ¿qué estoy viendo?” “¡Está sangrando!” y se desmayó sin decir nada más. Los oficiales miraron primero al perro y después a su amo. Finalmente, éste se levantó violentamente del suelo. “¿Qué miráis, asnos? ¿No veis que San Bonifacio está herido? Voy a hacer una severa investigación y ay, tres veces ay, del culpable; pero ahora rápido, llevadle a su sillón, llamad al médico de la familia, traed vinagre y agua tibia y ¡no olvidéis llamar al maestro Vitus! ¡Su palabra tiene mucho poder sobre Bonifacio!” Así, velozmente, se sucedían las órdenes. De la puerta corrían en todas las direcciones; Merten observó a Bonifacio con más atención: los ojos del perro seguían encendidos; su amo sacudió la cabeza largo rato.

“Una gran desgracia se está fraguando por encima de nosotros, ¡una gran desgracia! ¡Llamad a un sacerdote!”

Capítulo 48

Merten siguió estremeciéndose, casi preso de la desesperación, cuando todavía ninguno de los auxiliadores parecía querer acudir.

“¡Pobre Bonifacio! Pero ¿qué sucedería si yo mismo en este intervalo me atreviese a curarlo? Estás fatigado, la sangre mana de tu boca, no quieres comer, veo esfuerzos violentos en tu bajo vientre, realiza violentos esfuerzos, ¡te comprendo, Bonifacio, te comprendo!” y Greta entró con agua tibia y vinagre.

“¡Greta! ¿Cuántos días hace que no evacúa Bonifacio? ¿No te he ordenado que le hicieras un *lavement* por lo menos una vez a la semana?, pero ¡veo que de ahora en adelante voy a tener que ocuparme yo mismo de asuntos de esta importancia! ¡Trae aceite, sal, salvado, miel y una lavativa!

“¡Pobre Bonifacio! ¡Tus pensamientos y meditaciones te obstruyen desde el momento en que no puedes exteriorizarlos en forma de palabras y de escritos!

“¡Oh, admirable víctima de la profundidad de ideas, oh santa obstrucción!”